

¡LIBERESE YA DE TODA ATADURA!

pastor: Joe Villalobos

Estoy Seguro que muchos de ustedes vieron la película “La Misión” que protagonizan Jeremy Iron y Robert De Niro. Trata sobre la colonización de españoles y portugueses en la amplia zona que ocupaban los indios guaraníes, entre Brasil y Paraguay. Fue una época: perseguían a los aborígenes y los vendían como esclavos. Para sus captores estas nobles e indefensas criaturas no eran seres humanos sino animales. ¡Ironías del mundo civilizado!

Este filme tiene una escena sumamente conmovedora cuando uno de los esclavistas, el capitán Mendoza, da muerte a su hermano en un duelo. De esa manera tomó represalias tras descubrir que su prometida lo amaba a él. A partir de ese momento se sumió en una profunda depresión. Para autocastigarse, cargaba un pesado fardo con una vieja armadura de hierro. La arrastraba por todas partes, trasladando a ese bulto todo el peso de la culpa por asesinar a su propio hermano.

En cierta ocasión un sacerdote jesuita le ofrece ir a una zona de misión para trabajar en favor de los indios, de la misma tribu que las inocentes víctimas a las cuales que Mendoza había sometido y vendido como esclavas. Para el otrora capitán colonizador el ascender la montaña se convirtió en un verdadero martirio debido a la pesada carga que insistía en llevar. Caía, se levantaba y volvía a caer. El momento culminante se produce cuando un indio guaraní lo ve llegar a la cima en esas penosas condiciones. Entonces toma un cuchillo y lo libera, cortando los lazos que ataban a Mendoza al fardo. Lo hizo sin ánimo de vengarse, con amor...Y Mendoza fue libre al fin...

Cristianos que continúan esclavos

Sorprende el número de cristianos que permanecen atados por los lazos de la culpa. “Aborté cuando era adolescente”, “Por mi irresponsabilidad eché a perder el matrimonio”, “Robé en la empresa donde laboraba”... La lista podría hacerse interminable. Hombres y mujeres que, pese a que Dios les perdonó por la obra de su Hijo en la cruz, siguen autoflagelándose por errores cometidos años atrás.

Imagine por un instante a un hombre que llega al servicio dominical en la iglesia. Deja junto a la silla una enorme piedra, es decir, el sentimiento de culpabilidad que le acompaña. Se goza con la alabanza y siente cómo se conmueve su corazón durante el sermón. Concluido el culto, todos regresan a casa sonrientes, edificados espiritualmente. Sin embargo el amigo de nuestra historia toma de nuevo la pesada carga y sale lentamente. ¿Es libre?...No, sigue atado por la culpa...

Consecuencias

Quien vive presa de la culpa, a pesar de que nuestro Señor Jesucristo le abre las puertas para que rompa las cadenas, sufre las consecuencias que describe magistralmente el almo 32: “Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día...Se volvió mi verdor en sequeales de verano”(versículos 3 y 4). ¡No hay mejor forma para describir las consecuencias de la culpa en las áreas física y emocional!, a lo que se suma una falta de sentido para vivir. Todo a nuestro alrededor se torna gris, monótono. Pareciera que hasta las flores pierden su encanto y las apreciamos opacas, tal como percibimos el mundo.

Un cristiano agobiado por la culpa deja de orar con entusiasmo, no quiere colaborar con las actividades de la iglesia e ir al culto se le convierte en un verdadero martirio.

Volvemos a Dios, la respuesta

Alguien me escribió: “No quiero orar, siento desgano, ¿Tiene alguna sugerencia?”. La respuesta fue sencilla, creo que le dejó bastante aturdido: “Arrodílese delante de Dios y desahóguese. Derrámele todo su corazón. No le oculte nada, dígame cómo se siente. No se guarde nada, incluso si estuviera molesto. No se guarde absolutamente nada”.

El rey David lo describió en estas palabras: “Te manifesté mi pecado, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones al Señor; y tu perdonaste la culpa de mi pecado”(Salmo 32:5 Versión La Biblia de Las Américas). La forma como responde Dios es hermosa: “El (Dios) volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar nuestros pecados”(Miqueas 7:19).

Surge aquí un razonamiento sencillo: Si Dios ya nos perdonó, no importa lo que hayamos hecho, no tiene sentido que nos sigamos flagelando con la sensación de culpabilidad.

Hace algún tiempo un jugador de fútbol ofendió y agredió a su entrenador. Un incidente bochornoso. Los aficionados pensaban que sería expulsado del equipo. Minutos antes de una conferencia de prensa con el entrenador, el joven le pidió perdón: “Excúseme, me dejé llevar por la ira. Admito que cometí una locura”. Una vez en la reunión, uno de los periodistas le preguntó: “¿Cómo sancionará al medio campista que le ofendió?”. “El ya me pidió perdón, así es que no recuerdo el incidente...Y por lo tanto, no habrá sanción”, respondió.

Dios ya le perdonó, ahora usted está obligado a perdonarse a sí mismo. Eso es verdadero amor, tal como lo pide nuestro Señor.

En adelante, cuando lo asalten pensamientos que le confrontan con su pasado. Recuerde e incluso dígame en voz alta: “Dios ya me perdonó, y yo también...Por tanto, ese mal recuerdo no tiene poder sobre mí”. ¡Rompa esas cadenas! ¡Sea libre!.

fuentefsq@comcast.net
Pastor: Joe Villalobos
Ministerio de Un Minuto de Reflexion
